Clínica e Investigación Relacional
Revista electrónica de Psicoterapia
ISSN 1988-2939
Vol. 20 (2) – Octubre 2026 - http://dx.doi.org/10.21110/19882939.2026.200218

Odio elástico: Ferenczi, mutualidad y los límites de la empatía en la consulta.[1]

Florence Loh
Instituto de Psicoanálisis Contemporáneo de Toronto[2]

RESUMEN

El trabajo psicoanalítico suele considerar la empatía un ideal clínico que se sostiene mediante la curiosidad, la reflexión y la receptividad. Sin embargo, la empatía puede alcanzar un límite cuando el analista se encuentra con un discurso que se vive como prejuicioso, coercitivo o moralmente hiriente. A partir del trabajo clínico con un paciente cuya certeza ideológica suscitaba ira, desprecio y retraimiento en la analista, este artículo examina el odio en la contratransferencia como fuente de información sobre el campo analítico. El concepto de elasticidad de Ferenczi se pone en diálogo con la falta básica y la función apostólica de Balint, el reconocimiento de Benjamin, el tercero analítico de Ogden, el analista éticamente situado de Orange y la concepción de Winnicott del odio en la contratransferencia. El artículo introduce el «odio elástico» para describir un umbral relacional en el que el odio señala constricción, coerción y pérdida de libertad para desplazarse entre distintas posiciones analíticas. A diferencia de la puesta en acto o la corrección moral, el odio elástico adquiere utilidad clínica cuando puede tolerarse, ser objeto de reflexión y devolverse al campo como una capacidad renovada de pensar y elegir. El material clínico sugiere que la responsabilidad analítica no exige una empatía ilimitada ni neutralidad moral. Exige, más bien, que el analista reconozca cuándo sus compromisos éticos y técnicos se han endurecido hasta convertirse en imperativos, y que restablezca una elasticidad suficiente para que puedan continuar el desacuerdo, el reconocimiento y el trabajo analítico.

Palabras clave: elasticidad analítica, odio contratransferencial, empatía, mutualidad, prejuicio, tercero analítico

ABSTRACT

Psychoanalytic work often treats empathy as a clinical ideal sustained through curiosity, reflection, and receptivity. Yet empathy may reach a limit when the analyst encounters speech experienced as prejudicial, coercive, or morally injurious. Drawing on clinical work with a patient whose ideological certainty evoked anger, contempt, and withdrawal in the analyst, this paper examines hatred in the countertransference as a source of information about the analytic field. Ferenczi's concept of elasticity is brought into dialogue with Balint's basic fault and apostolic function, Benjamin's recognition, Ogden's analytic third, Orange's ethically situated analyst, and Winnicott's account of hate in the countertransference. The paper introduces "elastic hate" to describe a relational threshold at which hate signals constriction, coercion, and a loss of freedom to move among analytic positions. Unlike enactment or moral correction, elastic hate becomes clinically useful when it can be borne, reflected upon, and returned to the field as renewed capacity for thought and choice. The clinical material suggests that analytic responsibility does not require limitless empathy or moral neutrality. Rather, it requires the analyst to recognize when ethical and technical commitments have

[1] Trabajo presenetado en el congreso internacional de la IARPP. Celebrado en mayo de 2026 en Toronto, Canada. Trabajo seleccionado para el panel de candidatos.

2 Instituto de Psicoanálisis Contemporáneo de Toronto.

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

hardened into necessities and to restore sufficient elasticity for disagreement, recognition, and analytic work to continue.

Key Words: analytic elasticity, countertransference hate, empathy, mutuality, prejudice, analytic third
English Title: Elastic Hate: Ferenczi, Mutuality

Cita bibliográfica / Reference citation:
Loh, F. (2026). Odio elástico: Ferenczi, mutualidad y los límites de la empatía en la consulta. *Clínica e Investigación Relacional*, 20 (2): 288-303. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.info] DOI: 10.21110/19882939.2026.200218

Introducción: cuando la mente del analista se constriñe

Hubo momentos en mi trabajo con Joe en los que sentí que mi propia mente empezaba a constreñirse. Se sentaba casi perfectamente inmóvil en la silla frente a mí; su presencia física parecía inamovible, y a menudo tenía la frente perlada de sudor mientras hablaba con creciente intensidad. Su voz tenía un tono cortante y polémico, casi como si buscara pelea. A veces fijaba la mirada en mí y preguntaba:

«Pero ¿no tiene sentido?».

Cuando le preguntaba qué quería decir, aclaraba:

«No estoy preguntando si está bien o mal. Estoy preguntando si es lógico».

Externamente, mis respuestas seguían siendo mesuradas y analíticas. Sin embargo, en mi interior podía sentir que algo cambiaba. Me sentía arrastrada hacia la discusión, la corrección e incluso el desprecio. Mi curiosidad se estrechaba. La elasticidad de mi escucha —mi capacidad de permanecer abierta a la experiencia del paciente y a mis propias respuestas emergentes— comenzaba a constreñirse.

El trabajo psicoanalítico suele asumir que la empatía puede sostenerse mediante el compromiso del analista con la curiosidad y la reflexión. Sin embargo, hay momentos en los que esta capacidad flaquea. Los analistas pueden sentir irritación, aburrimiento, desprecio o incluso odio hacia un paciente. Estas reacciones suelen entenderse como obstáculos contratransferenciales que deben reconocerse y metabolizarse. Pero también pueden registrar algo que sucede en el campo analítico: una contracción del abanico de posiciones desde las cuales analista y paciente pueden pensar, sentir y responderse mutuamente.

A partir del concepto de elasticidad analítica de Ferenczi (Ferenczi, 1928/1988), junto con ideas relacionales sobre el reconocimiento, la mutualidad y el tercero analítico, este artículo

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

explora cómo los momentos de odio en la consulta pueden señalar una constricción de la libertad analítica y la entrada silenciosa del propio superyó del analista en el campo analítico. Utilizo el término odio elástico para describir estos momentos. En esta formulación, el odio no es simplemente un fracaso de la empatía ni constituye automáticamente una prueba del fracaso terapéutico. Puede ser una señal afectiva de que el campo ha comenzado a constreñirse: de que la libertad de la mente del analista se reduce bajo la presión conjunta del mundo relacional del paciente, la propia historia e identidad del analista, los ideales profesionales y las exigencias morales en conflicto.

El problema clínico, entonces, no consiste en erradicar el juicio ni en mantener un estado imposible de empatía ilimitada. Consiste en reconocer cuándo la convicción ética, la preocupación protectora, la certeza teórica o la oposición defensiva pasan a vivirse como imperativos. Cuando el analista deja de sentirse libre para elegir entre respuestas posibles, el tacto analítico puede endurecerse hasta convertirse en cumplimiento de reglas, y el diálogo, en una contienda entre autoridades. El trabajo de restablecer la elasticidad comienza cuando esta pérdida de libertad puede pensarse.

La humillación traumática y el odio a la debilidad

Joe acudió a tratamiento en busca de ayuda para una conducta que vivía como compulsiva y moralmente perturbadora. Describía que se despertaba en mitad de la noche en estados de pánico intenso, desorientado y envuelto en una neblina mental, incapaz de pensar con claridad e impulsado por una presión insoportable a masturbarse para calmarse. Enmarcaba esta conducta en términos explícitamente morales y describía la masturbación como pecaminosa y profundamente vergonzosa.

Al escuchar más detenidamente estos episodios, surgió un recuerdo infantil que parecía central para su experiencia. Joe describía a menudo a su padre como impredecible. La violencia podía estallar de repente y sin previo aviso. Su padre era con frecuencia física y verbalmente agresivo con la madre de Joe y con los hijos, y Joe recordaba haber recibido palizas. Los niños aprendieron a leer cambios sutiles en el estado de ánimo del padre: la tensión en su voz, su manera de moverse por la habitación, la sensación de que el peligro podía ir tomando forma antes de que alguien pudiera nombrarlo. Joe comentó una vez que «la amenaza de recibir una paliza es tan terrible como una mano levantada».

En una ocasión, cuando su padre comenzó a acercarse a él de manera amenazante, Joe vio algo en la postura de aquel hombre que le hizo creer que esta vez la violencia quizá no se detendría. Se convenció de que su padre podía matarlo. Recordaba haberse quedado completamente paralizado: incapaz de correr, de hablar, incluso de gritar.

Aterrorizado, se orinó encima.

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

La humillación de perder el control de su cuerpo seguía siendo vívida décadas después. El recuerdo parecía condensar terror, indefensión, exposición corporal y el derrumbe de toda expectativa de que un adulto lo protegiera. Los escritos de Ferenczi sobre la humillación traumática nos ayudan a comprender cómo una experiencia que no puede ser sostenida psíquicamente por un otro receptivo puede persistir no solo como un acontecimiento recordado, sino como una expectativa que organiza las relaciones (Ferenczi, 1933/1988). El niño queda solo no únicamente con el miedo, sino también con el significado que le impone el agresor: que la vulnerabilidad misma es despreciable.

Los duros juicios que Joe formulaba más adelante sobre la debilidad podían llevar huellas de esta indefensión temprana. La voz que dirigía hacia los demás quizá se había forjado inicialmente en un esfuerzo por distanciarse del niño aterrorizado que había sido. En este sentido, la crueldad del superyó puede representar no solo la interiorización de la autoridad paterna, sino un intento de escapar de la posición insoportable del niño humillado. Al alinearse con la fuerza, la jerarquía y la autoridad del agresor, podía repudiar la vulnerabilidad que en otro tiempo lo había dejado paralizado de terror.

La misma organización aparecía en su relación consigo mismo. Los juicios de Joe sobre las mujeres, los inmigrantes, los musulmanes y las personas que consideraba débiles no estaban separados de su convicción de que él mismo era inadecuado. La jerarquía con la que clasificaba el mundo era también la jerarquía mediante la cual condenaba su cuerpo, sus capacidades y sus posibilidades de ser amado. Su desprecio por la vulnerabilidad lo protegía de reconocer su propia indefensión, pero también garantizaba que la crueldad del padre siguiera viviendo dentro de él.

El padre de Joe murió repentinamente cuando Joe era un adulto joven. Al describir aquel día, dijo sin vacilar: «Ese día fui tan feliz». Pronunció la frase casi como si se limitara a constatar un hecho, pero contenía una complejidad emocional que parecía reconocida solo parcialmente. Explicó que, al desaparecer su padre, su madre, sus hermanos y él quedaron por fin libres del miedo que había dominado su hogar. A menudo me preguntaba hasta qué punto aquel alivio iba acompañado de vergüenza. El odio hacia su padre, que no había podido reconocer sin peligro, podía haberse reorganizado dentro de las estructuras morales que más tarde moldearon su visión del mundo, mientras que el pánico que lo despertaba por la noche llevaba el eco corporal de un terror que solo podía descargarse mediante un apaciguamiento urgente de sí mismo.

La falta básica y la búsqueda de certeza

El concepto de falta básica de Balint ayuda a esclarecer estas dinámicas (Balint, 1968). La falta básica designa una perturbación temprana en el entorno de cuidados que deja en el

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

individuo una sensación generalizada de que algo fundamental en la relación entre el self y el mundo ha fallado. Como la perturbación ocurre en un nivel en el que el self y el entorno todavía no están claramente diferenciados, quizá no cristalice en una creencia específica sobre quién o qué ha fallado. Persiste, en cambio, como una convicción difusa de que el entramado de la vida relacional no es fiable.

Más adelante, una persona puede intentar estabilizar este terreno interno perturbado mediante sistemas de certeza —morales, ideológicos, religiosos o lógicos— que prometen orden. Desde esta perspectiva, la rigidez ideológica de Joe parecía menos un conjunto de opiniones políticas que un esfuerzo por asegurar un mundo que en otro tiempo había vivido como peligrosamente impredecible. La lógica prometía protección frente a la confusión afectiva; la jerarquía, frente a la indefensión; la autoridad paterna, frente al terror que en otro tiempo había producido el padre real.

Esta formulación no resta importancia al contenido ni a las consecuencias de las creencias de Joe mediante una explicación psicológica. Tampoco exige que el analista considere el prejuicio un síntoma neutro cuyos significados sociales puedan ignorarse. Sí plantea, sin embargo, qué trabajo psíquico realiza la certeza. La insistencia de Joe en la lógica parecía convertir una pregunta relacional —¿estarás de mi lado, me expondrás, me abandonarás o me humillarás?— en una proposición abstracta que supuestamente podía resolverse sin vulnerabilidad. Discutir únicamente la proposición implicaba el riesgo de aceptar sus términos y perder el contacto con la demanda que se estaba poniendo en acto entre nosotros.

La formulación de Balint también introduce una dificultad para el analista. El paciente que busca certeza puede invitar al analista a convertirse en su garante o en su rival. La noción de Balint de la función apostólica del analista describe la presión sutil de comunicar cómo debería vivir, madurar o relacionarse el paciente. Así, la demanda de confirmación de Joe se encontraba con mi propia capacidad de ocupar una posición de autoridad moral. El campo analítico podía organizarse en torno a misiones enfrentadas: su necesidad de demostrar que su visión del mundo era coherente y mi deseo de demostrar que era ética y lógicamente insostenible.

Una demanda de confirmación

A medida que avanzaba el tratamiento, Joe empezó a expresar opiniones cada vez más rígidas sobre la inmigración, la religión y el cambio cultural. En un momento dado intentó explicar su razonamiento mediante una situación relacionada con un profesional cuyos servicios utilizaba habitualmente.

«Si creo lo que estoy diciendo —preguntó—, ¿por qué habría de enviar dinero a alguien que apoya el islam?».

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

«¿Te refieres a esta persona?», pregunté.

«Sí —dijo—. Si el islam es una ideología que produce violencia, entonces apoyar a alguien que cree en ella significa que estoy ayudando a que esa ideología crezca».

Respondí: «Eso presupone que todos los musulmanes están implicados cuando algunos musulmanes cometen actos violentos».

Joe negó con la cabeza.

«No. Lo que digo es que el islam mismo es una ideología de conquista de los no creyentes. Quizá una minoría crea activamente en eso. Pero los demás los apoyan al apoyar el sistema».

Hizo una pausa y me miró directamente.

«Entonces, ¿qué estoy haciendo? Si no creo en eso, ¿por qué estoy enviando dinero a alguien que lo apoya?».

Después añadió:

«No estoy preguntando si está bien o mal. Estoy preguntando si es lógico».

Mientras decía esto, Joe se quedó muy quieto. Su presencia física se volvió casi inamovible; tenía la frente perlada de sudor mientras clavaba los ojos en mí. Aunque con frecuencia hablaba sin mirarme directamente, en momentos como este su mirada adquiría una intensidad inusual, como si esperara comprobar si yo lo cuestionaría o confirmaría su razonamiento. La forma de su pregunta negaba su propia urgencia relacional. Pedía una valoración lógica, pero la atmósfera transmitía algo más parecido a una prueba: si me uniría a él, me opondría o lo dejaría en evidencia como alguien equivocado.

En otra ocasión, la conversación se desplazó hacia el género y las relaciones.

«No me malinterpretes —dijo Joe—. Creo que las mujeres pueden ser muy fuertes. Pero no de la manera en que se supone que deben serlo los hombres. Se espera que los hombres lideren».

Tras una pausa añadió, casi como si constatara un hecho:

«Por eso no valgo. Estoy muy lejos de poder conseguir las cosas que quiero en la vida: una esposa, una familia».

«¿Qué quieres decir? —pregunté—. ¿Quieres decir que, si no tienes éxito, entonces no deberías tener una familia?».

«Sí —dijo—. Mírame. ¿Quién crees que me querría? Cualquier mujer que se respetara un poco sabría que no soy un buen partido».

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

«Entonces las mujeres que consideras valiosas no te querrían —dije—, ¿y aquellas que tú podrías querer no te encontrarían atractivo?».

Me miró con una mezcla de irritación y resignación.

«Sí. ¿Estás ciega? —dijo—. Mírame».

La certeza ideológica de Joe era inseparable del duro juicio que dirigía hacia sí mismo. Las jerarquías que invocaba al hablar del mundo se organizaban en torno a la misma estructura interna que regía su propio sentido de valía. La masculinidad, la autoridad, el atractivo y el valor moral quedaban vinculados dentro de un sistema en el que la dependencia y el fracaso eran humillantes. La voz paterna que en otro tiempo lo había aterrorizado seguía viviendo no solo en sus juicios sobre los demás, sino también en la crueldad con la que se evaluaba a sí mismo.

Momentos como estos contenían una tensión inequívoca. La inmovilidad de Joe, la intensidad de su mirada y el tono polémico de su razonamiento creaban una atmósfera en la que el desacuerdo parecía inevitable. A veces se sentía como si la propia discusión se hubiera convertido en el escenario donde se repetía un antiguo drama paterno. Sin embargo, las posiciones no estaban fijadas de antemano. Él podía convertirse en el padre autoritario que me desafiaba a someterme o a contraatacar; también podía convertirse en el niño avergonzado que esperaba descubrir si un otro poderoso pondría al descubierto su insuficiencia. Yo, a mi vez, podía convertirme en la autoridad confirmadora que buscaba, en la oponente humillante que anticipaba o en la analista que se esforzaba tanto por no ocupar ninguna de esas posiciones que desaparecía detrás de la neutralidad.

Esos eran los momentos que odiaba. Me sentía atrapada, me enfurecía lo que vivía como su ignorancia y me tensaba para contener el impulso de contraatacar. Quería discutir con él, descalificarlo con desprecio, incluso decirle que estaba siendo estúpido. Al mismo tiempo, la coherencia interna de su razonamiento me dejaba momentáneamente sin respuesta: si consideraba moralmente equivocados los valores de otra persona, pagar por sus servicios podía resultarle equivalente a apoyar esos valores. Mi dificultad no radicaba en que sus premisas fueran éticamente neutras, sino en que no lograba encontrar de inmediato una respuesta que abordara tanto el prejuicio contenido en ellas como la función psíquica de su apelación a la lógica.

En consecuencia, a veces me refugiaba en la seguridad técnica del silencio y lo dejaba continuar. Cuando me presionaba para responder, podía ofrecer una protesta apagada: «Sabes que eso suena terriblemente prejuicioso». Incluso esto solía desencadenar una nueva oleada de justificaciones que yo vivía como una opresión que embotaba la mente. Los días en que me sentía demasiado fatigada para implicarme, escuchaba hasta que terminaba la

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

sesión, sabiendo que, internamente, partes de mí se habían retirado. Así, lo que desde fuera parecía neutralidad podía ocultar un derrumbe de la presencia analítica.

Cuando el odio entra en la analista

Poco a poco, como inmigrante visiblemente identificable, como mujer y como alguien que se identifica como queer, fui tomando conciencia de una fantasía que se formaba silenciosamente en mi mente: si Joe supiera realmente quién era yo, quizá me miraría con desprecio. A veces sentía la tentación de revelarme de una manera que lo conmocionara: decirle que alguien a quien había idealizado durante años encarnaba precisamente las identidades que parecía despreciar. En esos momentos experimentaba una fugaz sensación de poder, incluso un atisbo de placer sádico ante la idea de poner al descubierto la contradicción.

Al reflexionar después, me pregunté si este impulso contenía un pequeño eco de las dinámicas psíquicas que alimentan el odio ideológico de manera más amplia: el deseo de no limitarse a discrepar del otro, sino de obtener poder revelando y humillando aquello que el otro no puede soportar. Mi fantasía invertía la dirección de la exposición. El discurso de Joe había hecho que aspectos de mi persona se sintieran invisibilizados o implícitamente denigrados; revelarlos prometía volverme de pronto e inequívocamente real. Pero también amenazaba con utilizar mi realidad como arma. Ya no sería yo quien se sintiera psíquicamente borrada. Él pasaría a ser quien quedara conmocionado, desestabilizado o avergonzado.

Lo que más me inquietaba era reconocer cómo mi propia certeza moral había comenzado a endurecerse. Al juzgar los juicios de Joe, me encontraba ocupando una posición incómodamente cercana a la suya. El campo analítico ya no se organizaba principalmente en torno a la curiosidad, sino alrededor de pretensiones enfrentadas de autoridad moral. Mi deseo de corregirlo, exponer los defectos de su razonamiento o recuperar una posición de superioridad moral amenazaba con sustituir la indagación analítica por la oposición.

Durante este período me descubrí pensando, inesperadamente, en una escena de la película de animación El viaje de Chihiro (Miyazaki, 2001). Los trabajadores de una casa de baños retroceden con repulsión cuando llega un grotesco «espíritu hediondo» que llena la estancia con un hedor insoportable. Solo cuando la joven protagonista permanece junto a la criatura y empieza a extraer residuos de su cuerpo, esta se revela como un río contaminado que lleva los desechos acumulados que otros han arrojado en él. La imagen permaneció conmigo mientras lidiaba con mi propia repulsión en el encuentro analítico.

La escena ofrecía una metáfora del tacto analítico. La tarea no consistía en declarar irreal el hedor ni en exigirme que lo disfrutara. Tampoco en expulsar aquello que me resultaba

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

moralmente ofensivo antes de que sus significados pudieran pensarse. Consistía en mantener el contacto el tiempo suficiente para preguntar qué heridas, identificaciones y afectos desechados se habían acumulado en aquella figura que se había vuelto tan difícil de soportar. La metáfora también implicaba al campo: la contaminación no pertenecía intrínsecamente al espíritu del río. Este llevaba lo que se había depositado en él. Del mismo modo, el odio en la consulta no podía localizarse por completo en Joe ni por completo en mí; surgía de lo que cada uno aportaba y de lo que la relación hacía posible entre nosotros.

Esto no borraba la asimetría del tratamiento. No se le podía pedir a Joe que cuidara de mi vulnerabilidad ni que me aliviara de los efectos de sus opiniones. Al mismo tiempo, la asimetría ética no me volvía anónima, inmune al daño ni carente de valores. La pregunta era cómo podía permanecer presente mi subjetividad sin convertirse en una exigencia de que él me reparara, estuviera de acuerdo conmigo o se sometiera a mi autoridad moral.

La organización moral del campo analítico

A lo largo de los años, distintos pensadores analíticos —Ferenczi, Balint, Benjamin, Ogden y Orange— han descrito diferentes dimensiones de este problema. Sus conceptos no deben tratarse como nombres intercambiables para un mismo acontecimiento. Sin embargo, considerados conjuntamente, ayudan a seguir cómo un campo pierde movimiento: la capacidad de respuesta del analista se estrecha; cobra fuerza una posición apostólica; el reconocimiento cede paso a la complementariedad; se debilita el tercero analítico; y la subjetividad situada del analista pasa a ser negada o impuesta, en lugar de metabolizada.

Para Ferenczi (1932/1988), la elasticidad y el tacto analíticos implican una capacidad de respuesta viva, en lugar de la aplicación mecánica de una técnica. El tacto requiere la capacidad de sentir con el paciente, conservando suficiente libertad para observar, pensar y modificar la propia posición. Ferenczi advirtió repetidamente contra la hipocresía profesional y el apego del analista a la autoridad, la corrección o la pureza técnica. En mi trabajo con Joe, el peligro no aparecía solo cuando sentía ira. También surgía cuando vivía la neutralidad como un mandato, como si la bondad de la analista dependiera de no revelar nunca su desacuerdo. Lo que parecía contención técnica podía ocultar miedo, autoprotección o un ideal inflexible de conducta analítica.

La función apostólica de Balint (1968) esclarece la presión moral que opera en el afán analítico de ayudar. Los analistas inevitablemente tienen convicciones sobre cómo deberían vivir y relacionarse las personas. El problema no es que existan esos valores, sino que pueden transmitirse como una misión de rehacer al paciente a la imagen preferida del analista. Con Joe, yo podía sentirme impulsada a corregir su visión del mundo, mientras él me empujaba a

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

confirmarla. Ambas presiones amenazaban con convertir el tratamiento en una contienda por determinar qué autoridad prevalecería.

La concepción del reconocimiento de Benjamin (2004) ayuda a describir la estructura relacional de esta contienda. El reconocimiento exige encontrarse con el otro como un sujeto separado cuya realidad no puede reducirse al uso que uno hace de él. Bajo presión, el reconocimiento mutuo puede colapsar en posiciones complementarias: quien hace y aquel a quien se le hace, quien sabe y el objeto ignorante, juez y acusado, quien humilla y quien es humillado. Joe y yo podíamos invertir estas posiciones y seguir atrapados en la misma estructura. Si yo lo trataba únicamente como el agresor prejuicioso al que había que corregir, su subjetividad desaparecía. Si me trataba a mí misma únicamente como el continente neutro de su mundo interno, mi subjetividad desaparecía. El reconocimiento no exigía acuerdo ni equivalencia moral; requería la posibilidad de que existiera la diferencia sin que ninguno se convirtiera en un mero objeto de la certeza del otro.

El tercero analítico de Ogden (1994) ofrece otra manera de pensar lo que se había perdido. A medida que nuestros intercambios se volvían repetitivos, se debilitaba la capacidad compartida de soñar, simbolizar y crear significados entre nosotros. Había menos espacio para la sorpresa. Joe presentaba una posición, yo anticipaba la demanda de acuerdo y ambos parecíamos conocer los papeles disponibles antes de que comenzara la conversación. El campo se sentía sin vida porque se había vuelto sobredeterminado.

El énfasis de Orange (2011) en el analista sufriente y éticamente situado ayuda a preservar la asimetría de la responsabilidad analítica sin fingir que el analista se encuentra fuera del encuentro. Mi identidad, mi historia y mis compromisos éticos entraban inevitablemente en la consulta. Mi tarea no consistía en purgarlos en nombre de la neutralidad, sino en asumir la responsabilidad por el modo en que moldeaban mi escucha y mis intervenciones. La influencia mutua no significaba igual responsabilidad, y reconocer mi herida no me daba derecho a hacer a Joe responsable de metabolizarla.

Superyó, cuidado y pérdida de libertad

Con el tiempo, el espacio analítico entre Joe y yo fue quedando sutilmente restringido. Mi experiencia interna giraba cada vez más en torno a lo que sentía que debía o no debía decir. Debía mantenerme neutral. No debía revelar mi subjetividad. Debía cuestionar las afirmaciones deshumanizadoras. Debía proteger de la humillación a un paciente vulnerable. No debía ser cómplice mediante el silencio. Mientras la curiosidad analítica requiere libertad psicológica, el superyó tiende a imponer obligaciones. La dificultad no radicaba simplemente en que yo tuviera juicios morales, sino en que las exigencias enfrentadas comenzaban a sentirse obligatorias y estrechaban el abanico de respuestas que podía imaginar.

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

La restricción estaba moldeada por algo más que prohibiciones internas severas. También operaba en mi superyó algo más benigno: un compromiso interiorizado con el cuidado del otro vulnerable. Durante mi infancia, a menudo me sentía protectora con mi hermana menor. Cuando parecía asustada o abrumada, me apresuraba instintivamente a resguardarla del daño. Al reflexionar sobre mi trabajo con Joe, me preguntaba si un impulso protector similar había entrado en el campo analítico. Una parte de mí temía que confrontarlo demasiado directamente pudiera humillarlo o poner al descubierto una fragilidad que todavía no podía soportar. Esta actitud protectora no se sentía punitiva ni moralizante. Se sentía como una expresión de cuidado.

El superyó, por tanto, no puede entenderse únicamente como un juez interno severo. También contiene elementos del ideal del yo: valores interiorizados que posibilitan el cuidado, la contención, la responsabilidad y la aspiración ética. Sin embargo, incluso el cuidado puede volverse constrictivo cuando se transforma de un valor en una exigencia absoluta. La protección puede resguardar al paciente de una exposición prematura, pero también puede preservar la idealización, impedir la diferencia genuina o exigir que el analista desaparezca. Mi contención podía contener tanto tacto como silenciamiento de mí misma. La tarea clínica no consistía en decidir de una vez por todas cuál de estos significados era verdadero, sino en recuperar suficiente libertad para distinguirlos en cada momento.

Con el tiempo, Joe me había idealizado como alguien que representaba estabilidad moral y éxito personal. En una ocasión me dijo: «Nunca me digas si cometes un error. No quiero saberlo, porque si incluso tú puedes fallar moralmente y no seguir las reglas, ¿qué posibilidades voy a tener yo?». Pregunté: «Entonces, aunque tú no puedas estar a la altura de tus normas, ¿es importante para ti que alguien a quien respetas sí pueda?». «Sí —dijo—, porque entonces hay esperanza». Entendí que yo representaba una figura que había logrado vivir de acuerdo con los valores a los que él aspiraba, pero que temía no poder alcanzar nunca. Su imagen de mí funcionaba como un ancla moral en su mundo interno. Empecé a preguntarme si necesitaba que yo preservara la bondad que había depositado en mí, manteniéndola protegida de la rabia paterna interiorizada de la que no había podido escapar de niño. Así como había intentado proteger a su madre, quizá también necesitaba protegerme a mí.

Al mismo tiempo, aquella idealización creaba una configuración relacional delicada. Si yo guardaba silencio, podía preservar la autoridad sin tacha que necesitaba, al tiempo que ocultaba la magnitud de nuestra diferencia. Si discrepaba, corría el riesgo de convertirme en el padre que condena o humilla. Si revelaba las identidades que parecía despreciar, podía volverme más real, pero la revelación también podía utilizarse como represalia para quebrar su idealización. Si lo corregía, corría el riesgo de sustituir su superyó por el mío; si me

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

acomodaba a él, corría el riesgo de confirmar que el reconocimiento no podía sobrevivir a una diferencia genuina. La elasticidad se estrechaba, en parte, porque cada posición disponible parecía llevar consigo su propia prohibición.

Restablecer una tercera posición

Finalmente, el tratamiento entró en un período prolongado de monotonía. Las sesiones se volvieron repetitivas y carentes de vida. Joe seguía presentando argumentos con certeza moral, mientras que yo respondía internamente con irritación, contención y una preocupación creciente por lo que debía decir. El diálogo analítico se organizó en torno a posiciones que ninguno de los dos se sentía libre de abandonar.

Al reconocer mi estancamiento, busqué supervisión y comencé a escribir sobre el caso. Introducir otra mente en el proceso creó lo que Ogden describe como un tercero: un espacio reflexivo desde el cual el campo analítico podía volver a observarse, en lugar de ser simplemente habitado. Escribir me permitió ver con mayor claridad que la constricción no estaba relacionada únicamente con la rigidez ideológica de Joe, sino también con la autoridad silenciosa de mis propias estructuras internas. Transformó una experiencia de fracaso privado en algo que podía pensarse relacionalmente.

Lo que gradualmente restableció la elasticidad no fue la eliminación de mis reacciones, sino reconocer que seguía teniendo opciones dentro del encuentro. Yo estaba eligiendo permanecer en la conversación con Joe. En cada sesión seguía tomando pequeñas decisiones: hablar o guardar silencio, con qué grado de franqueza discrepar, si una pregunta surgía de la curiosidad o del deseo de exponer una contradicción, y con cuánta honestidad podía reconocer mi respuesta sin exigirle que se hiciera cargo de ella. La libertad no significaba ausencia de restricciones. Significaba recuperar la capacidad de moverse entre respuestas posibles, en lugar de vivir una de ellas como moral o técnicamente obligatoria.

«Pero no estoy de acuerdo contigo»

En un momento dado hablé de manera más directa de lo que suelo hacerlo en el trabajo analítico.

«Pero no estoy de acuerdo contigo», dije en voz baja.

Me miró sorprendido.

«¿Por qué?».

«Porque lo que estás describiendo no es amor —dije—. Así no funciona el amor al prójimo».

La intervención no disolvió la rigidez ideológica de Joe. Su importancia residía en otra parte: restableció la posibilidad de que hubiera desacuerdo sin poner fin a la relación. En lugar de

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

debatir su lógica en sus propios términos, hablé dentro de un vocabulario moral que tenía significado para él. Esperaba apelar a un ideal de amor al prójimo dentro de su marco cristiano, abordando no solo las conclusiones de su argumento, sino también la estructura relacional y moral en la que estas se organizaban.

Estos momentos no se sentían tanto como un abandono de la neutralidad analítica, sino como un ejercicio del tacto analítico. Hablaba desde mi propia subjetividad mientras intentaba seguir atenta al mundo interno de Joe. La intervención no era ni una interpretación neutra ni un intento de conversión ideológica. Era un riesgo: un esfuerzo por hacerme presente como un sujeto separado sin retirarle el reconocimiento.

Al mismo tiempo, su significado seguía siendo ambiguo. ¿Estaba ofreciendo acceso a una ley paterna más benévola —una que protegiera en lugar de humillar— o afirmando mi propia autoridad superyoica en respuesta a la suya? ¿Estaba interrumpiendo una estructura complementaria o simplemente ocupando dentro de ella la posición de superioridad moral? Los momentos analíticos rara vez permiten que estas distinciones queden completamente claras. La intención del analista no puede garantizar el tacto; este también debe considerarse en relación con lo que la intervención hace posible después.

Al asumir el riesgo de compartir mi opinión de que el amor debía seguir formando parte del fundamento moral de nuestro diálogo, apelé al anhelo de Joe de un mundo más amable, indulgente y compasivo. A veces percibía cómo su respiración se detenía y luego se liberaba, y veía disminuir la tensión de su cuerpo. Mi convicción expresada en voz baja no refutaba tanto su argumento como alcanzaba lo que había debajo de él: su ira y su dolor. Momentáneamente, el paisaje entre nosotros cambiaba, y parecía que volvíamos a estar del mismo lado. Sentía que podía llegar a él, y él parecía dispuesto a dejarse tocar e influir por mis palabras. Entonces podía decir: «Sé que a veces te resulta muy difícil sentir lo que sabes que es correcto: que tenemos que aferrarnos al amor y seguir siendo compasivos con nosotros mismos, aunque el mundo no haya sido amable con nosotros».

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

Lo que parecía más importante era que el campo comenzaba a reabrirse. El tacto ferencziano no requería la aplicación mecánica de una técnica, sino una capacidad de respuesta viva a la realidad emocional del paciente. Exigía renunciar a la falsa seguridad de una neutralidad rígida y, al mismo tiempo, resistirse a la seguridad de la certeza moral. La tarea consistía en arriesgarse a participar sin renunciar a la elasticidad necesaria para mantener el contacto con el mundo interno de Joe.

Odio elástico: Ferenczi (1928/1988) sugirió que el objetivo del análisis no es sustituir un superyó por otro, sino aflojar gradualmente la autoridad del propio superyó. Desde esta perspectiva, los momentos de odio o de certeza moral en la consulta pueden señalar que la propia autoridad interna del analista ha entrado en el campo y que la elasticidad analítica ha comenzado a estrecharse.

Winnicott (1949) hizo que el odio en la contratransferencia pudiera pensarse clínicamente al sostener que el analista debe reconocer y tolerar sus respuestas de odio, en lugar de negarlas o actuarlas. El odio elástico parte de esta premisa, pero desplaza el énfasis. No designa principalmente una categoría de odio justificado u «objetivo» dentro del analista. Más bien, designa un umbral relacional en el que el odio señala que el campo analítico se ha vuelto coercitivo y que se ha estrechado la libertad del analista para desplazarse entre posiciones. Por tanto, la pregunta no es únicamente si el odio puede reconocerse y contenerse, sino también qué revela su aparición sobre el reconocimiento, la terceridad y el abanico disponible de respuestas analíticas.

El odio elástico designa el odio que se encuentra en este umbral. No es una forma especial o depurada de odio, y el término no debería idealizar el desprecio ni justificar la puesta en acto. Más bien, describe la función potencial del odio como información sobre el estado de la relación analítica. El odio puede registrar que el analista se siente coaccionado a ocupar una posición, que el reconocimiento se ha quebrado, que el tercero analítico se ha debilitado o que los valores éticos y técnicos se han endurecido hasta convertirse en imperativos. Solo adquiere utilidad analítica cuando puede tolerarse, ser objeto de reflexión y devolverse al campo como una libertad renovada, en lugar de descargarse mediante la humillación, el retraimiento, el acatamiento o la corrección.

Esta formulación también pone un límite a las apelaciones habituales a la empatía. La empatía no puede significar una receptividad ilimitada ni la obligación del analista de permanecer impasible ante un discurso que afecta a su identidad y sus valores. Cuando la empatía se trata como un ideal que el analista debe encarnar continuamente, ella misma puede volverse superyoica. Entonces, el analista puede ocultar heridas, resentimiento o miedo bajo una postura analítica complaciente. La elasticidad ofrece un criterio diferente: no

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

si el analista siente únicamente afectos benevolentes, sino si conserva suficiente libertad para pensar con lo que siente y acerca de ello.

Tampoco comprender las funciones defensivas del prejuicio hace desaparecer sus significados sociales. La explicación psicológica puede convertirse en otra forma de neutralización si transforma las creencias del paciente en símbolos intrapsíquicos e ignora a las personas a las que esas creencias degradan. El desafío consiste en sostener múltiples realidades a la vez: las convicciones de Joe causaban daño y tenían significado social; también lo protegían frente a la indefensión traumática; mi oposición expresaba compromisos éticos genuinos; también ofrecía una vía hacia una certeza vengativa. La complejidad analítica no exige equivalencia moral. Exige que la claridad ética no cierre la curiosidad por la función psíquica y la puesta en acto relacional.

En el trabajo con Joe, el odio no señalaba ni el fin de la empatía ni el fracaso del análisis. Marcaba el punto en el que el campo había comenzado a constreñirse y mi propia libertad mental se había estrechado. Cuando la constricción se volvió reconocible, la supervisión, la escritura y una forma más directa de participación ayudaron a restablecer el movimiento. La intervención no curó la rigidez ideológica. Hizo que la diferencia pudiera volver a ponerse en palabras.

Conclusión: el odio como señal, no como veredicto

La tarea del análisis puede asemejarse a veces al trabajo silencioso de despejar lo que se ha acumulado en el mundo interno del paciente, permaneciendo junto a lo que inicialmente parece intolerable hasta que algo vivo dentro del campo analítico pueda comenzar a moverse. Sin embargo, los residuos acumulados no pertenecen por completo ni al paciente ni al analista. Están presentes en las historias, identificaciones, heridas, ideales y realidades sociales que se encuentran en el tratamiento.

Por tanto, restablecer la elasticidad analítica comienza no por eliminar el juicio, sino por reconocer cómo las propias estructuras de autoridad interna del analista pueden constreñir el campo de la libertad analítica. El odio puede convertirse en un veredicto que fija al paciente como un objeto intolerable, o puede convertirse en una señal de que el analista ha perdido margen para moverse. Cuando esa señal puede escucharse sin obedecerla ni desmentirla, el analista puede recuperar la capacidad de tacto: responder desde su propia subjetividad manteniendo el contacto con el mundo interno del paciente.

El cambio más importante con Joe no fue pasar del odio a una empatía perfecta ni del desacuerdo al acuerdo. Fue pasar del imperativo de nuevo a la elección. Cuando ni el silencio ni la corrección se sentían inevitables, el reconocimiento volvió a ser posible. El odio elástico

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es

designa ese umbral difícil: el momento en el que la constricción del campo todavía puede convertirse en una invitación a pensar.

REFERENCIAS

Balint, M. (1968). The basic fault: Therapeutic aspects of regression. Tavistock.

Benjamin, J. (2004). Beyond doer and done to: An intersubjective view of thirdness. The Psychoanalytic Quarterly, 73(1), 5-46. https://doi.org/10.1002/j.2167-4086.2004.tb00151.x

Ferenczi, S. (1933/1988). Confusion of tongues between adults and the child. In M. Balint (Ed.), Final contributions to the problems and methods of psychoanalysis (pp. 156-167). Karnac.

Ferenczi, S. (1932/1988). The clinical diary of Sandor Ferenczi. Harvard University Press.

Ferenczi, S. (1928/1988). The elasticity of psychoanalytic technique. In M. Balint (Ed.), Final contributions to the problems and methods of psychoanalysis (pp. 87-101). Karnac.

Miyazaki, H. (Director). (2001). Spirited away [Film]. Studio Ghibli.

Ogden, T. H. (1994). The analytic third: Working with intersubjective clinical facts. The International Journal of Psychoanalysis, 75, 3-19.

Orange, D. M. (2011). The suffering stranger: Hermeneutics for everyday clinical practice. Routledge.

Winnicott, D. W. (1949). Hate in the counter-transference. The International Journal of Psycho-Analysis, 30, 69-74.

© Derechos reservados/Copyright de *Clínica e investigación Relacional* y los autores. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización expresa. Este material es para uso científico y profesional exclusivamente y puede contener información clínica sensible. Los editores no se responsabilizan de los contenidos de los autores. Dirigir las consultas sobre derechos y autorizaciones a ceir@psicoterapiarelacional.es